



PARAMOS DE TENUEL CON NIEBLA

Algorab – El Convento.

Hay días sueltos en donde me entretengo imaginándome la vida de otros, ya sea en sueños o mediante la lectura, sintiéndome acorde con su tiempo, sobre todo en esos días donde no le doy credibilidad a mi propia existencia. Me retraigo y termino pensando siempre en las mismas cosas, sobre todo cuando llueve o amenaza el mal tiempo; la mutación que diría mi madre: Recuerdo la luz limpia de aquella tarde después del fuerte aguacero y las razones que me había llevado hasta aquel lugar perdido en los mapas de carreteras y olvidado por completo de la memoria de las gentes. Las nubes se agrupaban amenazadoras según iba avanzando la tarde, aliadas a un viento frío impropio del mes de Abril, que barría el interminable páramo que me separaba de la ciudad de Teruel. Bandadas de alondras se alejaban arremolinándose en dirección a unos viejos pajares y corrales de ganado que había en las afueras de aquel pueblo, con la intención –pensé– de pasar la tarde a resguardo del viento. Dejé el coche aparcado junto a un montón de escombros en donde había vuelto a crecer la hierba; entre los trozos de tejas y ladrillos sobresalía el marco de madera de una puerta y en uno de sus clavos un par de albarcas, que mecidas por el viento daban la impresión de que tenían boca y de que hablaban entre sí. Cuando me encontré de frente con las puertas que abrían las cuatro paredes que andaba buscando; antes de entrar, miré una vez más hacía los tejados del pueblo y a sus alrededores, reconociendo cuanta razón tenía cada vez que hablaba de aquel lugar, como el más hermoso y desolado que uno pudiera imaginarse.

El viento movía sin parar dos pequeñas banderas de color rojo y negro con las siglas de la FAI y de la CNT que estaban amarradas a una de las dos puertas de hierro, de lo que en su día fue corral de ganado con parideras y pajar, y por avatares de la historia terminaría convertido en cementerio. “Mi patria –leí nada más entrar en una de sus lápidas–, es sólo de aire. M.T.D. 1913-1938”. Estaba tan nervioso, que apreté aún más los labios para que no se escapase ni un susurro mientras leía: “La vida es aquí un sueño con olor a tierra. A.N.N. de R. 1908-1938.”

Se emocionaba cuando hablaba de aquella guerra. Aquel lugar estaba tan presente en él, como si no hubiese pasado el tiempo: “Allí la siega suele ser más tardía –me comentó una vez–, y los habitantes de aquellas masías durante el tiempo que dura la trilla tienen por costumbre quedarse a dormir en las eras, y terminada la cena, hacer bailes hasta bien entrada la noche. Aquel verano del 38, fue el último que celebramos en su compañía. Con el viento el otoño limpió las eras dejando paso a las escarchas y nieves del invierno. Las estrellas, en las noches frías, llegaban puntuales sin importarles las balas perdidas ni los obuses que unos y otros disparábamos sin descanso. De treinta y tantos que éramos sólo tres sobrevivimos para contarlo.” Como lo más natural, como si fuese el ir el venir de la noche y el día o el cambio de las estaciones, era como Don Manuel Gómez veía su participación en aquella contienda; siempre, acompañando sus tristes aventuras con un amontillado que guardaba en la parte más fresca de su negocio de libros de lance de la Cuesta de Luján en Córdoba.

La mayoría de las tumbas eran anónimas; en otras aparecían nombres de soldados que pertenecieron a las Brigadas Internacionales, caídos en aquella pasional guerra de 1936. Las nubes habían continuado deteniéndose en un extremo del llano, mientras un ruidoso rebaño de ovejas cruzaba un camino de tierra para pasar de unos campos a otros.

Cuando las últimas ovejas del rebaño terminaron de cruzar el camino, el pastor y los perros se marcharon hacia un bosquecillo de sabinas que había en el otro extremo del prado; el silencio no tardó en volver con más fuerza, quedando el tiempo como paralizado, y en esa quietud es donde los vivos siempre tenemos prisas. Saqué de su envoltura en papel de estraza una cuchara de madera que me habían enviado por correo e hice lo que él me recomendaba en su carta, un hoyo en la tierra junto a una de aquellas tumbas, en donde enterré la cuchara. Volví a leer una vez más su nombre: "**Paul Weijers - Leyden 1893-Teruel 1938.**" No me había equivocado.

Al salir cerré las puertas apoyándoles una pesada piedra. Miré una vez más al interior de aquellas cuatro paredes, cuando detrás de mí sentí un ruido extraño, como un parloteo, que me sobresaltó; eran una pareja de cuervos que en esos momentos pasaban volando y que pronto perdí de vista.

Unos años antes, un buen día, en el buzón me dejaron una carta; decía: "Hubo un tiempo, en que era preciso contar con Dios, y con Él los hombres ajustaban sus necesidades sin esfuerzo alguno. Los conventos y sus claustros estaban hechos a la medida de los ángeles, de los pastores y de sus rebaños. Lugares donde los santos vivían en compañía de las cabras y de las gallinas, donde las crisis místicas comenzaban y terminaban con el canto del gallo... Tenemos que volverlos a recordar... La puerta de entrada está protegida por una arcada de ladrillos rojos, una vez dentro, tienes que buscar entre las vitrinas donde están expuestos los manuscritos y libros más antiguos de la exposición; verás una litografía con la figura de un cuervo, acompañada de un texto funerario en latín medieval, en donde se menciona a un personaje que tu ya conoces... Ser durante cuarenta años -terminaba diciendo-, vendedor de libros usado, ¿te puedes imaginar orgullo más triste?"

En las calles había un amistoso hervidero de estudiantes y curiosos que habían venido a ver aquella exposición y a participar en el programa de actividades del 850º aniversario del nacimiento de **Moisés ben Maimon** en Córdoba (1135-1191). Nada más bajarme del tren, aquella que durante tantos años había sido mi ciudad me resultó extraña, así que por precaución opté por la condición de simple viajero que siente, que el tiempo es olvido y comienzo. En los carteles, bajo el lema de "Curso de Cultura Hebrea", estaban los nombres de destacados especialistas en judaísmo bíblico y en historia hispano-medieval de diversas universidades extranjeras y españolas. En el patio de la Facultad de Filosofía e Historia los naranjos comenzaban a florecer y a la sombra de dos centenarias palmeras, una pancarta en castellano y en hebreo, anunciaba el nombre de la exposición: "**Los judíos en Córdoba -(SS.X-XII).**"

Me detuve frente a los estantes de una conocida universidad extranjera, allí, entre trabajos e investigaciones recientes, estaban una pequeña parte de los manuscritos y libros que en vida pertenecieron a Reihart P. Dozy, autor de la monumental "Historia de los musulmanes en España"; cuando desde un extremo de la sala me llegó el canto de un pájaro; me acerqué hasta su jaula, era un canario blanco que no paraba de saltar, mientras picoteaba una hojita de lechuga. En el hueco de una gran ventana y apoyada contra la pared, una vitrina con media docena de libros antiguos y en el centro de la misma, una litografía con la imagen de un cuervo, donde alguien había escrito a mano:

algorab



✠ CLARI TECTA ANTESTIS MARTINI QVOQVE MEMBRA
HIC BVSTORVM SACRA MORE PONTIF. ET AVLA
QVI XPO FAMVLANS PETIT VITAM ADOLESCENS
MONASTICAM POLLENS Q̄ REGVLARITER EGIT
ASTIGITANAM EPISCOPI REXIT IN ARCE
ECLESIAM AD EROAS LATVS EST ILICO NEMPE
SCVLPTA IN MARMORE [ER]A NOBIES CEN[TESIM]A
SEXAGESIMA NONA MAIARVM III IDVS
LECTOR COMENDA SACRA ET DM̄ PIE ORANDO L.



Disfrazado de rabino, con un pequeño gorro de fieltro que apenas le tapaba la coronilla, hacía como si no me hubiese visto llegar; estaba de cara a la pared dándole cuerda a su reloj de bolsillo, moviendo la cabeza arriba y abajo como si estuviese frente al Muro de las Lamentaciones, mientras con voz apesadumbrada recitaba una extraña oración: "La curiosidad y los libros provocaron mis desgracias, y aún hoy Señor, continuo pecando." Le salude con un sonoro amén, que le hizo volver la cara y andar unos pasos hasta donde me encontraba, y sin poderlo evitar comenzamos a reírnos, al tiempo en que nos abrazamos con fuerza. No paraba de hablar de la exposición, a la vez que me asaltaba con preguntas sobre mi familia y mi trabajo, hasta que advirtió que le estaba mirando: "Querido amigo -me dijo-, la naturaleza siempre fracasó conmigo en cuestiones de salud."

Coincidiendo con las doce del mediodía, las campanas de un convento de clausura cercano a donde él tenía su negocio de libros convocaban una vez más a la oración; nos paramos frente al atrio de la pequeña iglesia del convento en donde terminaban de regar las flores; al fondo, en la oscuridad, entre velas encendidas, una imagen de la Virgen que en un gesto de dolor llevaba sus manos a un corazón atravesado por espinas de oro. "Las creencias -me dijo Don Manuel al verme ensimismado mirando aquel gesto de dolor-, como el tiempo, sólo cambian de forma, lo que perdemos es la ilusión y la memoria."

En la librería, esa luz humosa y gris de las viejas librerías de lance con sus revistas y libros cargados de años que tanto me atraían. Mientras abríamos las ventanas para que se ventilara la estancia, desde la calle noté como entraba ese tufillo a puchero y azafrán que a esas horas invaden las estrechas calles de Córdoba. "Cuando sales de la ciudad -continuó diciéndome- en dirección a la Sierra, en el camino de las Ermitas, te vas encontrando con restos de la antigua calzada romana que iba desde Córdoba hasta Mérida; a un lado y a otro, encinas y alcornoques salpicados de algún que otro castaño, que los vientos lóbregos que vienen de poniente y soplan en los meses de otoño e invierno, hacen que en la primavera sea ese uno de mis paseos favoritos. A unas cuatro o cinco leguas de Córdoba en esa dirección, hubo un lugar que por muchos años fue conocido como "Algorab", "El Convento". Es un lugar que tu conoces muy bien y al que ahora se le conoce por el "Algarabejo". En ese lugar entre olivos e higueras, fue enterrado el Obispo Martín, el mismo que aparece nombrado en esa esquila en latín que esta mañana has visto en una de las vitrinas de la exposición."

Me pidió le ayudase a colocar unos libros sobre su mesa de trabajo.

"¿Quién se acuerda de ese convento? -mientras hablaba, recuerdo que dejó junto a los libros una pequeña pieza de ajedrez y una cuchara de madera que poco antes había sacado de uno de los cajones de su escritorio- ¿Quién se acuerda de ese **algorab** en la Sierra dónde una vez viviera el filósofo y maestro Muhammad ibn Masarra, el Obispo Martín y un santo varón llegado del norte de la cristiandad llamado Juan de Gorze, embajador que fuera de Otto-I de Alemania ante la corte de Abderrahman-III? Los libros que aquí ves sobre la mesa nos hablan de ese convento; la cuchara de madera y esa figurita de ajedrez pertenecieron a un amigo del que más tarde te hablaré... Después de Recafredo -hizo una pausa mientras abría uno de los libros que tenía sobre la mesa-, en este pesado Catálogo de los Metropolitanos de Sevilla, que se lo compré a peso a un canónigo de Llerena, nos habla de que en el siglo X, la comunidad cristiana de Astigi (Écija) tuvo un prelado digno de especial memoria llamado Martín, que siendo monje y

prosperando en la observancia de sus reglas, alcanzó reputación y mérito, siendo elegido para gobernar la iglesia astigitana, dejando fama de prelado ilustre. Así consta en la inscripción de su sepulcro que se descubrió en el año 1729, en una dehesa conocida como el Algarabejo en la Sierra de Córdoba, en donde vivió sus últimos años. El texto de la inscripción que aparecía en su lápida, es el mismo que aparece en la litografía acompañado por la figura del cuervo y que encontré entre las páginas de éste libro."

Se levantó para traer unos frutos secos y dos copas que llenó de un amontillado que perfumó la librería; una vez se hubo sentado, continuó con su historia: "Este pequeño libro que aquí ves es mi mayor tesoro, y llegó a mi poder en circunstancias muy tristes, en compañía de esa figurita de ajedrez y de esta cuchara de madera; perteneció en vida a Paul Weijers, un enamorado de estas tierras y que en el verano de 1937 a la sombra de una noguera, de éste mismo libro, nos entretuvo leyéndonos los sucesos que de su vida y de sus viajes contaba Abud Hamid el Andalusí."

Al abrir el libro y comenzar a leer, advertí como se emocionaba:

"Escondido entre las montañas que el viajero ve según se va acercando a la ciudad de Córdoba, hay unos rascos que el hombre ha robado al bosque con mucho esfuerzo en donde ahora crecen olivos y unos viñedos salpicados de higueras y almendros, donde se asientan algunas casas; destacando una de ellas por su tejado en forma de cúpula, con caballetes de tejas vidriadas en azul y sobre el cual se ven algunas aves de corral y un cuervo revoloteando, turnándose, y sin irse de allí jamás. El edificio es un lugar de oración y descanso que visitan cristianos y musulmanes; asegurándose por los viajeros que se adentran por aquellas montañas, que la oración hecha allí es la que mejor escucha Dios todo misericordioso en todo el camino. Los que allí viven están obligados a servir la adiafa o comida de hospitalidad a todos los caminantes o romeros que hacen un alto en tan santo lugar; y luego que llega a ésta un viajero, la gallina o el cuervo que están de guardia introducen su cabeza por un agujero y dan tantos gritos cuanto es el número de visitantes: si es uno, uno, si dos, dos, y si son diez, diez sin equivocarse jamás; con lo que a punto de anochecer se acercan los que allí viven al encuentro de ellos, con la adiafa según su número, sin llevarles ni de más ni de menos."

"Como ese cuervo o esas gallinas, he ido aprendiendo que en este mundo nada parece estar en su sitio y que hay que meter la cabeza y ver las cosas para poderlas contar, pues todo lo que nos sucede en nuestra corta existencia, no es nada más que el polvo que se desprende de las sandalias de nuestro Creador y que se va esparciendo por las estrellas del firmamento. El día en que nací, el viento soplaba con fuerza levantando sólo el polvo de los caminos, tanto, que di con mis pobres y tiernos huesos en el portal de unas caballerizas, en donde me criaron con leche de burra; apenas pude andar y valerme por sí mismo, entré a formar parte de la dote que mi amo aportó al matrimonio de su hija Argentea con Recemundo de Iliberi; el Recemundo que fue conocido por los árabes como Rabí ben Zaid, natural de Córdoba, y que siendo buen cristiano no le impidió entrar al servicio de nuestro añorado Califa Abderrahman, que era muy tolerante, nombrándole Obispo de los cristianos de aquella ciudad y su consejero en asuntos de gobierno."

“Seguramente en mi niñez yo debí trabar demasiada amistad con las palomas que anidaban en las caballerizas, pues me comportaba como si fuese una de ellas; siempre mirando de reojo a un lado y a otro sin parpadear y, cuando el hambre apretaba me acercaba hasta la cocina zureando y dando vueltas como si fuese un pichón. Con un trozo de pan y aceitunas volvía corriendo al palomar donde yo era el niño más feliz de la ciudad. Hasta los cinco años no solté palabra alguna, el zureo era mi lenguaje y el movimiento de brazos mi complicidad con las palomas y otras aves del corral. El palomar era una torre redonda sobre el tejado del establo, con una veintena de palomas zuritas que regalaron a mi señora ama unos viajeros del norte y que allí llaman “Holztauben” por que gustan de posarse sobre los árboles. Hasta que un buen día sentí un golpe de viento perfumado que entraban por los ventanucos del palomar, por donde entraban y salían las palomas hasta perderse río Guadalquivir abajo. El aire de esa mañana de Julio entraba por los ventanucos, se deslizaba por la bóveda del palomar y llegaba hasta el rincón del pajar en donde yo dormía todas las noches; me asomé por una de aquellas ventanas que daban al huerto y pude ver a mi señora Argentea que terminaba de darse un baño en la alberca y untaba su cuerpo desnudo con aceites que olían a azahar y albahaca. Ella tenía veintiocho años cumplidos y había sido madre tres veces, y aún conservaba un hermoso cuerpo, con el que yo soñé muchas noches: los pechos generosos, los muslos redondos, su blanca piel y su dulce mirada reidora cada vez que me veía... Ensimismado estaba en esas ensoñaciones, cuando sonaron las voces de mi amo Recemundo llamándome para que bajase a abrir las puertas del zaguán.

Cuando llegué abajo, las golondrinas que anidaban en los soportales de la casa sobrevolaban los tejados alarmadas; ya antes de abrir las puertas me había puesto yo un bonete rojo que me había regalado mi señora ama para dar la bienvenida a las personas distinguidas que nos visitaban. Esta vez la visita se componía de tres viajeros cubiertos de polvo y de aspecto cansado, que venían acompañados de un jumento zamorano y de tres mulas de buen porte. Los forasteros, que vestían pesados hábitos, dieron sus nombres y haciéndose entender en latines me preguntaron por Recemundo de Iliberi. Nada más aparecer mi amo, entre los generosos abrazos y alegrías que se dispensaron se les fue media mañana; de los tres, el que era más alto fue el primero en hablar, tenía la mirada como perdida y decía llamarse Juan.

Según nos enteramos esa misma noche, nuestro Califa andaba en negociaciones con un monarca del norte llamado Otto, debido a los destrozos que nuestras tropas les causaban en las fronteras de su reino. A consecuencia de sus constantes reclamaciones, Abderrahman había enviado tres años antes a este monarca una embajada, a cuya cabeza iba un monje cristiano del que nunca más se supo, por que las letras que nuestro Sultán les mandó escritas en árabe les parecieron injuriosas a su religión. Al cabo de ese tiempo, Otto I resolvió enviar a Córdoba una embajada y con ella una respuesta merecida a la carta de nuestro Califa, escrita por su hermano Bruno, letrado Arzobispo de Colonia, y su portador fue un monje del Convento de Gorze, en la Lorena, llamado Juan, y que desde esa mañana de verano del año 954 y en compañía de otros dos monjes, uno llamado Garamano y el otro Fredegiso de Zurigo se hospedarían en nuestra casa, mientras eran admitidos a la audiencia de nuestro Sultán.”

"El despacho de aquella embajada fue lento y difícil, al ser sabedor nuestro Califa del contenido de las letras que portaba Juan de Gorze; mientras tanto el monje, que estaba dispuesto al martirio, apenas si comía, durmiendo en el duro suelo y rechazando todo lo que se le ofrecía para su bienestar. El día se le iba en rezos y plegarias; pareciéndonos a veces como si desconfiase también de nosotros. El cobertizo en donde se alojaba estaba en un extremo de la casa y cerca del huerto; allí me acercaba yo dos veces al día para llevarle agua y las viandas que con todo cuidado le preparaba mi señora ama y que retornaban sin haber sido probadas. Así fue hasta entrado el otoño, en que encontrándose Araceli, la hacendosa costurera, y mi ama repasando la ropa de invierno, en que se oyeron unos gritos procedentes del lugar en donde se encontraba recluido el monje. Alarmados, acudimos todos y, allí tendido en el suelo encontramos aquel santo varón presa de temblores y en medio de una nube de moscas. Apenas nos vio llegar, levantó la cabeza del suelo, dejándola caer con tanta fuerza, que terminó de perder el poco conocimiento que le quedaba. Sin esperar a más, comenzó mi señora ama a quitarle los pesados y sucios hábitos que llevaba y con unas tijeras cortó los cilicios de esparto que le apretaban y le hacían sangrar sus menguadas carnes, hasta dejarlo en cueros. Pidió mi señora le llevásemos agua caliente, y fue tanto el ahínco con que le daba las friegas, que al poco vimos como abría por unos instantes los ojos, creyendo que se acercaba su final. Ya dije que era alto y delgado; ahora de tan limpio y perfumado como había quedado, resultaba al decir por la costurera, tener "una hermosa figura". Lo que más cautivaron a mi señora fueron sus largas y blancas manos, que como pude observar no las soltó de las suyas mientras le daba de beber de un jarabe de algarrobas y culantrillo de pozo, que le animó a ponerse de pie, permitiéndonos llevarlo a otro lugar más luminoso y ventilado, donde quedó dormido profundamente. Desde ese día fue mi ama Argentea quien se encargó en persona de cuidarlo, llevándole caldos y purés de verduras. No paso mucho tiempo, en que los vimos ir juntos a una iglesia cercana para asistir a los divinos oficios de los cristianos.

-Nosotros -le decía Argentea al monje Juan intentando persuadirle para que no entregase aquella carta, mientras paseaban por el huerto-, somos condescendientes con estos musulmanes. En medio de la gran calamidad que sufrimos por nuestros pecados, les debemos aún el consuelo de dejarnos usar nuestras propias leyes, y de viéndonos como nos ven, muy adictos y diligentes en el culto y fe cristiana, todavía nos consideran y atienden, y cultivan nuestro trato con agrado.

A lo que el monje repuso.

-¡Pues cuanto mejor es para un cristiano sufrir los rigores del martirio y negarse a participar de las costumbres de los paganos!

Estaba yo limpiando de malas hierbas un pequeño bancal de espinacas que teníamos sembrado, cuando de reojo observé como Argentea le miraba fijamente a los ojos.

-Ningún fin debe justificar la destrucción de los otros.

Y acercándose a la alberca, Argentea, comenzó a lavar unas verduras de otoño que había recogido, mientras miraba hacia una bandada de pájaros que cruzaban el cielo.

-Siempre -dijo-, he soñado con ser un pájaro de los que emigran en invierno.

La situación llegó a ser tan crítica, que convencido Abderrahman de la tozudez de aquel monje, creyó conveniente enviar al Monarca Otto un embajador que allanase las dificultades. No hallándose quien quisiera desempeñar una misión tan larga y peligrosa, a pesar de las grandes promesas que hizo nuestro Califa, fue Recemundo, mi amo, en quien recayó llevarla a cabo. Empezando su viaje en la primavera del año 955. A los pocos días Juan de Gorze abandonó la ciudad, trasladándose a un cenobio cristiano perdido en la sierra y conocido como "Algorab", "El Convento".

* El camino es nada más que un herbazal por el que ya nadie transita... *

Cuando en compañía de mi señora ama atravesamos las murallas de la ciudad por la puerta que todo el mundo conoce como la de "Los Serranos" o "Al-zachchali", ya venía alegre la claridad del día entre los olivares, y en la bóveda de sus dos torres aún se repetía en el eco las palabras del almuédano en el segundo de los rezos de la mañana. Desde que mi amo Recemundo emprendiera su viaje como embajador, su fiel esposa Argentea no había vuelto a salir de su casa. Fueron veinte meses sin noticias, hasta que unos mercaderes judíos de la ciudad de Metz, nos comunicaron que habían visto a Recemundo de Iliberi en compañía de Aldabero obispo de aquella ciudad, y que tenían pensado dirigirse a Francfort, donde en esos momentos estaba la Corte de Otto I, con la intención de pasar allí el invierno. Suponemos que fue la discreción y las buenas mañas de mi amo, lo que allanaron las dificultades que podían oponerse su embajada ante ese Monarca, pues no tardó éste en darle un escrito autorizando al monje Juan para que no entregase la carta sino solamente los presentes. Nos enteramos también, de que Recemundo visitó el Monasterio de Gorze en los primeros días de ayuno que preceden a la Pascua, por un mensaje que mandó anunciando su regreso en compañía de un nuevo embajador llamado Dudo de Verdún. Con estas noticias, pestiños y algunos presentes más que mi señora había preparado, aparejamos las burras, encaminándonos hacia las montañas con la intención de pasar los últimos días de la primavera en aquel pequeño cenobio o convento de la Sierra.

El tiempo pasa tan rápido, yéndose a veces tan lejos que no podemos alcanzarlo con el recuerdo; pero aquellos días los tengo tan cerca, como si hubiesen sido de ayer mismo: Que solemne era la paz en esa dulce mañana de Mayo, en las laderas de los montes florecían el cantueso y las jaras, el verde de los prados donde pastaban satisfechos ovejas y cabras, mientras sus pastores se acercaban al camino para saludarnos y regalarnos al oído con sus caramillos hermosas melodías. Una neblina había estado cubriendo la ciudad de Córdoba y su gran río hasta que los perdimos de vista. Más tarde se levantó un viento de poniente que peinó durante horas los interminables pinares y encinas que bordeaban el camino, hasta que en una hondonada fuimos a dar con el cauce de un río de aguas cristalinas llamado Guadiato, donde mi señora no pudo resistirse y después de que hubimos comido algo, se tendió todo lo larga que era en uno de los muchos prados de margaritas que había y se durmió con el canto de los grillos. Mientras tanto, yo con una rama de sauce le espantaba los tábanos y moscas que habían venido todo el camino molestando a las burras; parecía estar dormida, pero yo sé que solamente soñaba, pues cuando abrió los ojos fue para sonreírme y darme un cariñoso tironcillo de orejas.

Después de una empinada e interminable cuesta, llegamos a un calvero en el bosque lleno de juncos y libélulas que revoloteaban sobre unas charcas repletas de renacuajos, el lugar era conocido como Raso del Conejo, allí vivían unas familias de rancheros que amablemente nos indicaron un atajo que nos llevó a lo alto de una loma: Las ramas de los olivos se enmarañaban unas con otras, perdiéndose en hileras que bajaban hasta los arroyos, en donde los sauces y alisos tenían ya en el brillo de sus hojas atrapado el verano. De repente, un cuervo de gran tamaño que iba acompañado de un grupo de rubicundas y vivarachas gallinas nos cortaron el paso; el cuervo, sin pensárselo dos veces, de un brinco se posó sobre la cabeza de una de las burras y abriendo su negro pico nos dio la bienvenida. Mientras bajábamos, vimos campos de cebada y de trigo que parecían desplegar nubes de oro con sus espigas maduras, manchadas del rojo de las amapolas y del blanco inmaculado de la cúpula de aquel pequeño y acogedor convento. Sobre el blanco de la cúpula destacaba el negro azabache del cuervo, que con una serie de sonidos roncós y parloteos convocó a todos los habitantes de aquel lugar; entre hombres, mujeres y niños, no llegaban a veinte vecinos.

*** De espalda al viento oteaba en cuervo la vida en el campo... ***

Para el viejo maestro Muhammad ibn Masarra, que desde su vuelta del exilio vivía desterrado en aquel convento, la vida no era sino un acuerdo con los movimientos del cielo, y la muerte, una faceta de la ley universal del cambio, para el obispo Martín, que pasaba allí largas temporadas huyendo de los calores de su Écija natal, sus preocupaciones eran tener la botica bien abastecida de hierbas y bálsamos, y de averiguarse las maneras de no ser derrotado por el cocinero en la partida de ajedrez que tenían pendiente para esa tarde. Y para Juan de Gorze —que no parecía el mismo de cambiado que estaba—, poder explicarle a mi señora Argentea, mientras las cabras que se encargaba de cuidar ramoneaban en los alrededores de la alcubilla, alguna de las muchas cosas que allí había aprendido: “Es en la soledad de estos cerros —decía todo emocionado—, donde me he dado cuenta, que muchas de las cosas que nos suceden son fruto de nuestro espíritu y del tiempo que nos ha tocado vivir, y que hay cosas también que no cambian, como la eterna carrera del cielo y la tierra.” Mientras esto sucedía, el canto de los grillos en los trigales y de las tórtolas en el encinar se mezclaban con el murmullo de las aguas de un arrollo cercano, al que todos llaman Arroyo-hondo.

Las gavillas de habas y de trigo se amontonaban en las eras esperando llenar los graneros; fue entonces cuando nos dimos cuenta que habían enmudecido los cuculillos, y un niño de corta edad, en nombre de todos, les deseó un buen viaje, y de que estaríamos esperándolos en la próxima Primavera.

La llegada del Verano coincidió con el de nuestra partida, y para celebrarlo, nos reunimos todos bajo la sombra de una gran higuera. El obispo Martín mandó que guardásemos todos silencio y señalando hacía el convento, gritó: “¡**Corvus-Corax!**!”. Y nuestro amigo el cuervo que estaba en lo más alto de la cúpula, se dejó caer en vuelo rasante hacia donde nos encontrábamos todos sentados, con su plumaje negro azabache irisado de azules, que el sol limpio de mediodía hacía más brillante y hermoso que nunca; pasando incontables veces sobre nuestras cabezas, ejecutando acrobacias en el aire que fueron muy celebradas y aplaudidas. Una de las veces que estaba en pleno vuelo, dejó oír por primera vez su verdadera voz, era un graznante y repetido cro-croc, seguido de un parloteo imitando el canto de todos los pájaros del lugar. El cuervo y las gallinas fueron, desaparecido el convento, los únicos habitantes de aquellas ruinas y aun hoy, me cuentan, siguen por allí sus cantos como un salmo al viento.

Estábamos ya en Julio y las calores del verano, un año más, se habían dejado caer con toda sus fuerzas sobre la ciudad de Córdoba, cuando Recemundo de Iliberi regresó de su largo viaje, acompañado por el nuevo embajador del Monarca Otto I, habían transcurrido ya tres años desde que llegara a Córdoba el monje Juan de Gorze, que en la espera a veces enloquecida, había aprendido el arte de fijar los cambios en el fluir del tiempo y en el recuerdo. Juan de Gorze regresó a su patria, siendo antes recibido con gran pompa por nuestro Califa en su palacio de Medina-Azahara; mi ama Argentea lo recordaría en secreto el resto de su vida. En el **Algorab**, los primeros días el cuervo y las gallinas lo daban como presente a la hora de servir la adiafa, donde meses más tarde yo ocupé su lugar durante seis años, hasta que sucedió el desastre de las Grandes Torres, en donde fui, uno de los elegidos por la comunidad para poner a buen recaudo los manuscritos del maestro Abenmasarra y algunos de los libros que el obispo Martín guardaba en la rebotica; un largo viaje del que no regresaría jamás.

Por aquellas tierras, luego de un solo día ves como destaca el amarillo de los abedules; sus ramas desnudas en donde susurra el viento, te anuncian que ha llegado el tiempo de abandonar los caminos y de buscar un lugar en donde pasar el invierno; por lo que hice un desvío y me acerqué hasta la Abadía de Gorze en Lothringen. Era aún de mañana y tuve que esperar junto a un nutrido grupo de mendigos a que abriesen alguna de las puertas de sus altas murallas, cuando al través de una pequeña acequia que salía del interior de aquel recinto, aparecieron una docena de gallinas bermejas que sin perder el tiempo se pusieron a escarbar la tierra debajo de unos grandes árboles en donde tenían por costumbre amarrar las caballerías; hasta que una de ellas se percató de mi presencia y después de armar un gran revuelo, desapareció con todas las demás por el mismo agujero de donde habían salido.

La Abadía de Gorze ocupa toda la falda de una colina coronada por un robledal generoso en pájaros cantores y algún que otro ruiseñor, como pude comprobar durante el tiempo que permanecí allí. En Mayo florecen las gencianas junto a un arroyo que nada más nacer mueve las piedras de un molino romano. Estaba arreglando las alforjas y riéndome aún del alboroto que habían formado las gallinas, cuando oí que abrían las puertas y que al tropel de los menesterosos que buscaban su desayuno, le seguía otro de gallinas que venían acompañadas de un monje mitrado ya entrado en años, que en su carrera hacia donde yo me encontraba perdió una de sus pantuflas, y abrazándose a mí con tanta fuerza, que me fue imposible decir mi nombre. Era el monje Juan, Abad de aquella floreciente comunidad según me fue dando a conocer en latines y palabras sueltas de las que aprendió durante su estancia en el **Algorab de la Sierra de los Santos**. Recuerdo, que esa misma mañana le entregué un librito que Argentea me había dado para él; nada más quitarle el lazo de seda que lo protegía, me dijo que le convenía dar un paseo por los alrededores y ver de paso que no le faltase caudal a los canales que llevaban las aguas al molino. Lo vi alejarse, mientras una y otra vez ponía sus labios sobre las hojas de aquel librito tan primorosamente escrito."

"No sé si te habrás dado cuenta —me dijo don Manuel, mientras cerraba con sumo cuidado el libro de Abud-Hámid—, que en aquellos tiempos se creía que nuestro destino estaba escrito en las estrellas, de aquel sentimiento hoy ya no queda nada. Aquí me tienes a mí —dijo señalando a unas cajas de medicamentos que tenía sobre la mesa—, esclavo de las multinacionales farmacéuticas; es, como te diría yo, la última degradación de la idea del destino humano."

Cuando había puesto ya en marcha el motor del coche, antes de cerrar la puerta oí el retumbar del primer trueno y vi como relampagueaba sobre el llano mientras la tormenta se desplazaba en dirección a la ciudad de Teruel. Miré por última vez el orden de aquel humilde cementerio, allí sobre una de sus paredes estaba uno de los dos cuervos que poco antes había visto pasar volando; me miraba fijamente, como si me conociese. De pronto, apareció el cuervo que faltaba portando en su pico la cuchara que terminaba de enterrar junto a la tumba de Paul Weijers; cuando quise salir para recuperarla, levantaron el vuelo y entre graznidos se perdieron llano abajo, llevándose entre sus garras la cuchara de madera. Poco más tarde, al pasar por la ciudad de Teruel, junto a los troncos de los álamos que bordean la carretera, recuerdo que había montoncitos de granizo y que del cielo habían desaparecido las nubes.

(***)